RICARDO PALMA, POETA

por: Don Jorge Calvetti

Vicepresidente de la Academia Argentina de Letras.

Ocupo esta ilustre tribuna en representación de la Academia Argentina de Letras como un acto de adhesión a los festejos del centenario de la Academia Peruana de la Lengua.

Quiero -ante todo- hacerles saber que me unen a la República del Perú fuertes lazos de gratitud y de cariño, pues en el siglo pasado mi abuelo, don Federico Calvetti vivió en este país varios años de exilio político.

El hecho de que me encuentre aquí en este momento me lleva a pensar que, tal vez, la obediencia a profundos instintos de la continuidad de un destino me ha traído a esta hermosa Patria.

Todos los países de la América Hispana viven actualmente situaciones críticas. Formulo mis votos más sinceros y fervientes para que puedan vencer estas dificultades circunstanciales y alcanzar el destino de grandeza que merecen y, sin apartarse nunca más de la democracia institucional, sus respectivos pueblos puedan vivir con paz, justicia y libertad.

Mi relación con Ricardo Palma viene de muy lejos. Cuando era niño, en aquella época en que la mente "es arcilla para recibir y mármol para retener", según las expresivas palabras de Alexander Pope, todas las noches nos leían -hasta que nos hundíamos en los mares del sueño- cuentos, leyendas, consejas, y si nos portábamos muy bien, "sucedidos". Llevo desde aquellos años, como una joya, en mi memoria, "El alacrán de Fray Gómez" que nos impresionó hondamente.

Soy, pues, desde aquel lejano entonces, fervoroso admirador de la obra del gran tradicionista. Pasado el tiempo, por ra-

zones profesionales, me acerqué más a la persona de Ricardo Palma. Supe así que nació un 7 de febrero, como mi hijo, y murió un día como hoy, 6 de octubre, como mi padre. Y que, como mi padre, fue diputado y senador de la Nación.

Sé que estas coincidencias tienen importancia sólo para mí. Lo cierto es que, como me acercaron más a Palma, me es grato recordarlas.

No puede enorgullecerse mi país -ni ningún otro de la América hispana- de contar con un tradicionista de la jerarquía de Ricardo Palma.

Hemos tenido en la Argentina buenos cronistas, buenos evocadores, buenos memorialistas. Pastor Servando Obligado, por ejemplo, que escribió las "Tradiciones de Buenos Aires", publicadas en 1888, en cuatro gruesos tomos, el último de los cuales fue prologado por Ricardo Palma.

También cultivaron el género Manuel Bilbao, Alberto del Solar, Bernardo Frías, Mario López Osorno, Martiniano Leguizamón, José Antonio Wilde, Sebastián Calzadilla y otros.

Pero basta detenerse un momento en la consideración de algún título, para adivinar la índole del libro. Verbigracia: "Las beldades de mi tiempo" del nombrado Sebastián Calzadilla, título que refleja o informa sobre su contenido con transparente claridad.

He hecho esta mínima enumeración para traerles una prueba de la trascendencia que tuvo en mi argentino país, la obra de vuestro tradicionista, ya que todos los nombrados fueron, en mayor o menor grado, sus discípulos, sus seguidores.

Y ya que hablamos de títulos, permítaseme decir que el título de esta conferencia, de esta conversación que mantengo con ustedes: "Ricardo Palma, poeta", puede inducir en error a quien lo lee.

No es mi propósito -no puede serlo- hacer aquí, en Lima, un estudio crítico-literario de la poesía de Palma. Es otra mi intención.

Todos sabemos que el gran tradicionista tenía en poco a sus versos. Los llamaba con ostensible indiferencia: "renglones rima-

dos" y aseveraba, además, con seguridad solar: "mi nombre es hijo de mi prosa".

Mis palabras tienen, a partir de este instante, el propósito de justificar el título de esta conferencia y, si me es posible, precisar su significado. Para ello voy a esbozar, modestamente, una "Teoría de Palma".

Quiero imaginarme a ese hombre, evocarlo en sus intensidades más hondas y definidas, a ver si lo alcanzo, así:

Niño travieso, vivaracho, que crece al lado de la famosa tía Catica.

Jovencito, lector de Hugo, Byron, Heine, Espronceda, Zorrilla;

periodista a los 18 años. Luego, autor teatral abominable (el adjetivo pertenece a Palma).

Oficial de Marina, conspirador, crítico, polemista, versificador, cónsul, viajero, político, parlamentario, filólogo, (a medias, dijo él), creador fundador de la Academia Peruana de la Lengua y altamente admirable tradicionista.

Tan singular, propio y distinto es el género literario creado por Palma -género de grande originalidad- lo llamó Pedro Henríquez Ureña, que fue necesario crear una palabra, adecuar una palabra que lo definiera cabalmente, por eso no es un tradicionalista sino un tradicionista.

¿Porqué tradicionista y no tradicionalista? Vamos a conversarlo pausadamente.

"La tradición puede ser heredada" afirma T.S. Elliot, en su famoso ensayo "La tradición y el talento individual". Quien quiera poseerla -agrega- tendrá que realizar un gran esfuerzo para lograrlo. Cuando las formas que se heredan son utilizadas sin que las modifiquen las nuevas percepciones, pierden la agudeza y el vigor que tuvieron originariamente. Se convierten, entonces, en nuevos "clichés", vale decir, en una nueva conformidad a las normas convencionales. Este es el filón -si puede decirse así-, éste es el campo del tradicionalista.

Pero ocurre que si ese autor es un escritor de raza, si es un poeta, sabe y distingue lo que del pasado es pasado y sabe tam-

bién de su presencia.

Cuando leía la forma en que se refirió siempre Palma a sus "Tradiciones" no podía dejar de afirmarme en mi teoría o en mi convicción de que Palma fue un gran poeta, y cabe esta afirmación: aun no teniendo en cuenta sus versos.

El mismo lo reconoce. En una carta a su discípula Clorinda Matto de Turner -autora de las "Tradiciones del Cuzco", le dice: "El tradicionista tiene que ser soñador y poeta".

En otra ocasión manifiesta: "Las tradiciones escritas -hago hincapié en esta palabra- Las tradiciones escritas, deben tener algo y aún algos, de mentira, y tal cual dosis de verdad por infinitesimal u homeopática que ella sea".

Con estas palabras confiesa que en sus creaciones pone verdad, es cierto, pero además, pone imaginación, invención. Y el resultado, para el lector, es real en su totalidad.

Y tiene razón. Palma es un poeta, un artista y como tal, sabe que todo lo que siente es real, que todo lo que imagina es real y que todo lo que sueña es real.

El gran poeta portugués a quien todos ustedes conocen: Fernando Pessoa, también descubrió, también lo supo y lo expresó así: "Toda la literatura consiste en un esfuerzo por tornar real a la vida. Como todos saben, la vida es absolutamente irreal en su realidad directa. Los campos, las ciudades, las ideas, son absolutamente ficticias, hijas de nuestra compleja sensación de nosotros mismos. Todas las impresiones son intransmisibles, salvo si las convertimos en literarias. Los niños son muy literarios porque dicen como sienten y no como debe sentir quien siente según otra persona". Hasta aquí Pessoa. Yo agrego: Las cosas nunca son las mismas. Cada espectador las ve según su propia óptica, ve las cosas de una manera diferente; las ve de un modo distinto, insisto.

Me acuerdo de Shakespeare. En el "Rey Lear" -acto V, escena III - Lear le dice a Cordelia: «... y tomaremos sobre nosotros el misterio de las cosas, como si fuésemos espías de los dioses": sólo Dios puede ver las cosas como son» .

Se habla ahora de la cambiante naturaleza del lenguaje. Pe-

ro la vida también es cambiante. La aprehensión de la realidad, de la vida, es un acto unívoco, personal, y cada escritor vence la naturaleza cambiante del lenguaje en la medida en que posee un estilo; esto le da la posibilidad de ordenar el caos según su estilo. Porque el lenguaje dominado por su estilo se constituye en su expresión, es la manifestación sensible de su ser.

Y esto es cierto como es cierto para mí que todo lo visible es sólo un aspecto de la realidad: justamente, el aspecto visible, porque la Realidad con mayúscula va mucho más allá. Esta también, existe, donde no se la ve.

Ustedes saben muy bien como fueron las relaciones de Manuel González Prada con Ricardo Palma. Palma, -según mi leal saber y entender- actuó siempre como un hombre superior, seguro de su valor, consciente de su destino.

Me permito recordarles que cuando el poeta Manuel González Prada abandonaba la vida sonó el teléfono en casa de Ricardo Palma y alguien dijo que González Prada deseaba, necesitaba hablar con Ricardo Palma. Cuando Angélica, sorprendida, respondió que su padre estaba en cama, la comunicación se interrumpió. Lo refiere Clemente Palma hijo del tradicionalista, quien agrega: "¿Será una de esas raras cosas que ocurren entre el cielo y la tierra al decir de Horacio en el "Hamlet?"

"Don Ricardo actuó con la altura y la dignidad de siempre. Cuando, al día siguiente, agobiado por el peso de sus 80 años se hizo leer el diario y se enteró de la muerte de González Prada, movió melancólicamente la cabeza y dijo: "Pobre Prada. No creí que se me adelantara en el viaje...Hasta en eso ha tenido emulación. Fue injusto y apasionado conmigo, pero tenía talento".

Vuelvo a la consideración de las tradiciones como género literario. Procuro explicarlo: Palma está escribiendo, está contando un caso. De pronto recuerda otro o imagina una variante o lo cambia totalmente. Abandona aquel inicial y continúa su relato inventado y lo refiere como real, con afabilidad, con airecillo burlón y zumbón, con gracia natural y espontánea.

En arte lo que interesa es el resultado. Si él necesitó inventar para que todo fuera menos vulgar pero creíble, lo que hizo

está justificado. Además para su mayor gloria, lo dijo del mejor modo, con una sonrisa:

"...Para mí el mundo pícaro es poético".

El Palma de las "Tradiciones" miraba el mundo con piedad, con ternura. Su obra es una efusión cordial.

Recuerdo ahora a Eupalinos, el arquitecto de Paul Valery. En uno de los diálogos platónicos o socráticos de esa obra inolvidable, "Eupalinos o el arquitecto", éste dice: "Es necesario que mi templo mueva a los hombres como los atrae un objeto de amor". Y luego, en el curso de la conversación, agrega: "Paseando por la ciudad ¿no has observado que de los edificios de que está poblada, unos son mudos, otros hablan y otros, en fin, los más raros, cantan?..."

Yo pienso que el pasado, el inamovible, el incommovible pasado, para Palma, de algún modo estaba vivo y presente, o él, viejo taumaturgo, lo resucitaba. En algún momento el pasado le cantaba y lo encantaba. Entonces, en estado de encantamiento -como todo verdadero poeta-, creaba una realidad y se recreaba en ella.

Ciertamente, fue un realista del mundo como es. Y también un realista del mundo como es y no se ve. Y también un realista del mundo como no es, pero como convendría que lo fuera en bien de la Belleza.

El poeta es un elegido. "Como el profeta Isaías, le han quemado la boca con un carbón encendido y esa quemadura le ha cambiado el sabor del mundo". Por eso descripto y narrado por Palma el mundo tiene otro sabor.

En las "Tradiciones", su actitud frente al arte fue sana, regocijada. De allí su salud, su vitalidad, su fuerza.

El lo dijo muy claramente: "Yo no dicto un curso de Historia Nacional. Yo narro antiguallas como el pueblo y las viejas cuentan cuentos".

Me permito pedirles que piensen y recuerden la hermosa lección de humildad que encierran estas palabras.

Esa actitud de humildad frente a sus temas creo -digo credo- le permitió escribir una obra que -como pocas del siglo pa-

sado de la literatura hispanoamericana- merece ser considerada "clásica". No es clásica porque abreva en el pasado sino porque su obra, hecha de pasado, presente, imaginación y arte, ostenta una imbatible lozanía. La misma que mostrará dentro de 50 años.

Bien sabemos que un clásico tiene que ganar su eternidad todos los días.

Pero cuando hablo de naturalidad y espontaneidad no se piense en ligereza.

El escribir como al desgaire, de Palma, ha costado mucho trabajo. Recuerdo sus palabras de una carta a Vicente Barrantes: "Para mí una tradición no es un trabajo ligero, sino una obra de arte. Tengo paciencia de benedictino para limar y pulir una frase".

Palma era tradicionista no sólo al recrear o inventar episodios del pasado: "También lo era cuando usaba muy conscientemente su buen idioma, que enriqueció con dichos, frases coloquiales, giros populares espléndidamente colectados por él. Al mismo Barrantes le dice, en la referida carta: "Mientras en España se cree enriquecer la lengua con voces flamencas, nosotros admitimos o creamos palabras para la clara expresión del pensamiento".

Mi paisano y cofrade en la Academia, Enrique Anderson Imbert, refiriéndose a Juan Montalvo y a su preocupación por el lenguaje, afirma: "Montalvo pensaba más con las palabras que con las ideas".

Yo creo que Palma pudo descubrir y describir tanta realidad del pasado porque lo evocaba o lo imaginaba con una sonrisa, tal vez irónica o escéptica, pero sin aprioris, sin pre-conceptos; la miraba con el alma y la sentía con el pensamiento.

Contemplaba, en fin, la vida de los demás como un espectáculo humorístico que merecía su curiosidad indulgente. Y por eso la rodeaba de caridad y simpatía.

Pienso en Palma y leo y releo lo que se ha escrito sobre él y lo pondero debidamente:

"Era un liberal y sólo tomaba en serio los derechos de la conciencia libre y de la soberanía popular y los valores morales

de bondad, honradez y justicia".

"Situar la obra de Palma dentro de la literatura colonialista no sólo es empequeñecerla sino también deformarla. Las "Tradiciones" no pueden ser identificadas con una literatura de reverente y apologética exaltación de la Colonia y sus fastos. Palma traduce el criollismo, el mestizaje, la mesocracia de una Lima republicana que en nuestro tiempo revisa su propia tradición, reniega de su abolengo colonial, condena y critica su centralismo, sostiene las reivindicaciones del indio y tiende sus dos manos a los rebeldes de la provincias".

Son palabras de José Carlos Mariátegui que suscribo con el mayor entusiasmo.

Insisto en hablar sobre el poeta Ricardo Palma. Su actitud estética como autor de las "Tradiciones Peruanas" coincide, es similar a la de calificados autores de hoy. Me explico: El italiano Italo Calvino, el polaco Witold Gombrowicz, el rumano-francés E.M. Ciorán opinan, hoy, en nuestro presente, que el escritor debe escribir para contentarse y explicarse; para encontrarse a sí mismo, para descubrir su propia realidad porque escribir para uno mismo es la mejor manera de escribir para los demás". Con admirable sentido de su arte el poeta es conducido por la palabra a la aventura de tomar conciencia de sí. Tiene la evidencia de que la palabra es creadora y así se le vuelve al poeta autónoma su obra en cuanto sale de sus manos.

Tengo la certeza de que Palma escribía para entretenerse, para divertirse, para sonreír, para reír. Con instinto profundo fue fiel al *gennius loci*; al espíritu del lugar donde se ha nacido. No complicó ni falseó la vida.

A través de sus palabras he creído descubrir algo así como una clave de su vida. Estas son sus palabras (y me atengo a sus afirmaciones referidas al mundo real y práctico): "En tres ocasiones he tenido modesta fortuna y en las tres la he derrochado. Hoy mis recursos para la vida son muy modestos. Vivo sin estrechez y porque he aprendido a no estirar los pies más allá de la sábana. Ya ve usted, no tengo biografía. En mi existencia nada hay de original ni de curioso. Nada que me singularice ni que

valga la pena de contarse. Como privado no he sido más que adorador de Venus. En la intimidad de mi hogar con mi esposa y mis retoños vivo tranquilo y alejado de la política que no proporciona sino sinsabores y desengaños; ni soy devoto de Baco ni he sido partidario de Bejan, el inventor de los naipes".

Es decir: supo adecuarse a las circunstancias. Esta es la palabra clave: adecuación. Palma, como quería Kipling, miró al triunfo y al desastre como a dos impostores. Por eso tal vez alcanzó la escasa alegría a que los mortales podemos aspirar.

Si pienso en el episodio de la Torre de la Merced, que todos conocen, digo que era un predestinado. Si pienso que, como escribió su hijo Guillermo en una nota que apareció en el diario "La Nación" de Buenos Aires el 15 de febrero de 1933, Palma dejó este mundo murmurando un poema, digo de nuevo: Ricardo Palma fue un poeta. Lo importante es vivir como un poeta y si es necesario o se impone por sí- escribir. Prosa o verso ¡qué importa!.

El poeta escribe palabras sobre una página en blanco. La forma la da el contenido. El poeta Ricardo Palma no ha muerto. Se ha ido con las manos tendidas hacia esa orilla de oro de la vida que es la gloria, orientado y atraído por el resplandor eterno de nuestra Gran Madre, la Poesía. Este es "Ricardo Palma, poeta" que, modestamente, quería rescatar para ustedes.

Muchas gracias.